

## Deshojando la margarita

*Bueno. Malo. Bueno. Malo. Así vamos deshojando esta margarita otoñal que es este mes de octubre, incluyendo el noviembre. Días espléndidos y días borrascosos. Esperanzas puestas en unos días prolongados de templanza, o dar por inminente la llegada de las jornadas invernales.*

*«¿Estiuet de St. Martí, dónde estás?» Porque tú formas parte de esta margarita otoñal. Y todavía hay quien te aguarda. Propios y extraños. En las afueras de cierto hotel aún se encuentran unos coches con matrícula extranjera. Los buscadores de setas, peregrinos de nuestras montañas y vaguadas, disfrutan de lo lindo si tú, con tu presencia, les acompañas en su búsqueda entre las frondosidades del bosque.*

*«No nos dejes terminar la margarita con la palabra «malo», que tu, otoño, no lo eres, y has de hacerte cargo del día que terminas con tu cometido. Todavía hay para rato y por lo tanto no debes flirtear con estos días que mejor pertenecen al invierno que a tí».*

*Así es de creer, que no lo hará y nos proporcionará unos días de sol para poder solazarse los amantes de la caza, los buscadores de setas, los aficionados a los paseos por las afueras.*

*En fin, que Otoño será, como siempre, el período de la templanza, de la mansedumbre que nos predisponga a aguardar los días invernales con tranquilidad y firmeza.*

SAN FELIU  
DE GUIXOLS  
25 OCTUB. 1956

Núm. 456

Año IX

# Ómnibus

## Billetes para la Luna

por L. d'Andraitx

Una Sociedad interplanetaria de Mozambique abrió oficialmente a primeros del mes corriente, la venta de billetes para el primer viaje de turismo a la Luna.

Billetes que se expenden al irrisorio precio de dos chelines y tres peniques.

Parece ser que este primer viaje turístico tendrá lugar durante el año 1.958.

Esta fecha nos obliga a suponer que durante el próximo año se intentarán expediciones con hombres de ciencia a nuestro fiel satélite. Hombres de ciencia que pagarán el tributo inevitable de toda primera experiencia. Tributo que actualmente están pagando aparatos registradores, monos y ratas, y algún que otro monigote mecánico con vísceras metálicas y toda suerte de equisímetros, lanzados a los espacios por los cohetes Von Braun

Sin duda alguna, y en plazo breve, serán posibles los viajes interplanetarios, será factible pisar o estrellarse contra la luna.

Las luces de la noche, las velas encendidas del fastuoso y diario cumpleaños de los astros, han conseguido tentar al hombre cual mariposa, aunque con alas prestadas. Pero quizá estas alas postizas estarán más acordes que las verdaderas con la prestada luz de la luna. Llegaremos a ella, y, con el éxito de la empresa, morirán una a una todas las bellas leyendas tejidas entorno de la blanca Selene.

Ya los niños no escucharán, entre temerosos y embelesados, el cuento del hombre con el haz de leña, habitante solitario de la Luna, o el de la viejecita lunar que distrae sus ocios hojeando un blanco y enorme libro, o la leyenda china de la bruja de la noche. La luna se convertirá en un mundo inhóspito y gris, con bocas de volcanes tapiadas de cenizas, oprimente bostezo del cielo. Los enamorados no consultarán su oráculo, y ya no tendrá dulce misterio su brillo.

Como científico, me gustaría ir a la luna; la curiosidad científica no tiene fin, ni lo tiene su afán de certidumbre, de exactitud, de verdad palmaria y objetiva. Pero, como simple mortal, como turista, no emprendería jamás el viaje.

Prefiero guardar su lejano encanto, su misterio, añadir mi fantasía al montón de leyendas que sobre la luna se han escrito. Sí; no me disgustaría el ir a la luna con una expedición científica, pero jamás compraré un billete como turista. Turismo es placer, y no hay ningún placer en destruir un sueño. No obstante muchas personas habrá que adquirirán su billete. De momento, un grupo de portugueses ha encabezado la lista. ¡Qué se afanen los químicos para dar con las pastillas contra el vértigo del éter! Todo se andará. La imaginación casi irritante de un Julio Verne ha sido ya superada por la Ciencia y la técnica. Sus supuestas fantásticas concepciones, una a una van ingresando e incrementando el catálogo de las realidades. El «Nautilus» atómico aventaja con mucho al imaginado «Nautilus» del escritor francés. El profesor belga Picard explora con la ayuda de su singular «Batiscafo» fosas marinas, vidas y paisajes más asombrosos que las imágenes del sueño más calenturiento. El telescopio del Monte Palomar deja convertido en pigmeo al ficticio de la cumbre de Long's—Peak, imaginado también por Julio Verne. Y es más que probable que el nuevo vástago gigante de la familia de cohetes Von Braun eclipse al proyectil lanzado por el disparador «Columbiad», descrito en la obra «De la tierra a la Luna».

¿Es posible que Wells acierte también con su «Guerra de los mundos»? ¡Quién sabe! Aunque desde, luego, su turno está muy lejos todavía. De momento lectores se trata de ir a la luna. ¿Quién compra un billete? Por la módica suma de doce pesetas, se les brinda una ocasión una experiencia inolvidable. Pero no descuiden el añadir a su presupuesto de viaje los gastos de desplazamiento a Lorenzo Marqués «Mozambique», ida y vuelta, porque, cuando los cohetes se pongan al servicio del público, tendrán Vds., ya asegurado el feliz retorno al hogar. Y si no fundamos en casa una Sociedad interplanetaria, como diríamos en catalán, «valdrà més el mall que l'enclusa».